

Gorbachov, Mijail, **Perestroika. Nuevas ideas para mi país y el mundo**, México, Diana, 1987, 300 pp.

I

¿A dónde te diriges Rusia?
Contesta...

N. Gógol. *Almas Muertas*

En abril de 1985, noticias referentes a un plan de transformación radical de la sociedad soviética, impulsado por el secretario general del Partido Comunista (PCUS), Mijail Gorbachov, comenzaron a ser imprimidas por los linotipos de los principales diarios del mundo. La información, que no por inusitada dejó de ser extraña, causó un mayor desconcierto en tanto provenía de un hombre que, escasos días antes, había accedido a la conducción de los destinos de una de las principales potencias.

Infinidad de versiones corrieron por el mundo. El anuncio de medidas reformistas tales como la reestructuración de la economía, que consideraba la autogestión en las empresas (*perestroika*) y la pluralidad y transparencia en las ideas (*glasnost*), entre otros puntos, empañó los acontecimientos debido a los diferentes flancos del espectro ideológico en que se le recibió.

Se supo, entonces, en Occidente, de los muchos que pregonaron el fin del sistema socialista y de su fracaso ante el *american way of life*, debido, sobre todo, a lo que comúnmente llamaron "el estado desastroso de la economía soviética".

Ante esta casi total confusión, editorialistas estadounidenses pidieron a Gorbachov definir con claridad y precisión, en un lenguaje accesible al ciudadano común, el significado y los alcances de su nueva política de reforma con democracia.

El reto había sido formulado y Gorbachov lo aceptó. El resultado no pudo ser más afortunado. *Perestroika. Nuevas ideas para mi país y el mundo*, escrito con esa nueva cualidad gorbachoviana resaltada por el diario hamburgués *Der Spiegel* de "colega periodista", fue presentado simultáneamente en diversas capitales del mundo, en 1987, en el marco de los festejos por el LXX aniversario de la Revolución de Octubre.

Aparecido en México ese mismo año, el libro agotó en un par de meses los 20 mil ejemplares de la primera edición. Su objetivo —confiesa el autor— no es presentar un "tratado científico o un panfleto de propaganda", sino tan sólo "una compilación de pensamientos y reflexiones sobre la *perestroika*" y, esencialmente, "una invitación al diálogo".

II

¿No avanzas tú, Rusia, como una troika a la que nadie consigue alcanzar?

N. Gógol. *Almas Muertas*

En febrero de 1986, durante el XXVII Congreso del PCUS, fue ratificado el paquete de reformas que Mijail Gorbachov y su equipo de colaboradores propusieron para reactivar el pesado aparato de la economía soviética, entumecido por los largos años del invierno stalinista, uno de los más fríos que haya registrado la historia humana.

El alcance de la nueva reforma es tal que quizá sólo sea comparable, en suelo ruso, con el formidable impulso modernizador llevado a cabo por Pedro el Grande durante el siglo XVIII, y, dos siglos después, con el triunfo de la Revolución bolchevique. Sus efectos comprenden todos los aspectos de la vida soviética. Pero a juicio de quien esto escribe, la reforma más general, si no nos atrevemos a decir la más importante, es la económica. Justamente así lo reconoce Gorbachov cuando define esta actividad como la prioridad inmediata.

En efecto, un análisis honesto de la situación económica, sin precedentes en la historia de la Unión Soviética, llevó a Gorbachov a reconocer —según sus propias palabras— que el país estaba “al borde de la crisis”. De pronto, la economía había dejado de crecer y se encaminaba vertiginosamente hacia el estancamiento. Los problemas de vivienda, alimentación, transporte, salud, educación, ya no sólo reportaron falta de calidad, como tradicionalmente se había visto, sino también un considerable déficit. Por último, la corrupción se generalizó y la teorización escolástica vino a ocupar el lugar del pensamiento creativo.

Basado en este examen, y apoyado en el pensamiento leninista —al cual se referirá Gorbachov infatigablemente una y otra vez a lo largo del texto—, el grupo reformista trabajó en diversos proyectos hasta concluir con los “Principios de reestructuración radical de la gestión económica”, cuyo eje lo representa el principio de la *contabilidad de costos*, significado a su vez por el aumento considerable de la autoadministración y autofinanciamiento de las empresas y asociaciones. Todo ello acompañado de una infraestructura que haga posible en el mediano plazo la amalgama de centralismo democrático y autogestión: mecanismos financieros y de crédito, sistema de suministro de material y producción tecnológica, etcétera.

Ahora bien, el camino hacia la autogestión exige el máximo de democracia. Por ello mismo, la *perestroika* (reestructuración) va unida ineludiblemente al *glasnost*, es decir, al concepto de una sociedad más informada, crítica y participativa. En este sentido, Gorbachov hace notar que la autonomía de las empresas y las cooperativas socialistas sólo es accesible con el impulso del pueblo trabajador, que tenga la libertad de juzgar las políticas internas y de incidir en su planeación.

Pero el camino no es fácil. Gorbachov tendrá que buscar en el pasado las causales del problema, pero también elementos de análisis que le permitan sortear la inercia del estancamiento. A ello dedica un breve capítulo intitulado “Lecciones de historia”, en donde el premier soviético, de manera un tanto fatalista —como a nuestro sentir debe de ser todo revolucionario— respecto al triunfo final del socialismo, reconoce las arbitrariedades políticas del régimen de Stalin y acepta “serios excesos y errores en los métodos y en los ritmos” en la colectivización del agro soviético. Sin embargo —pero sin dejar de reconocer que el proceso no siempre estuvo de acuerdo con los principios socialistas—, Gorbachov justifica la medida, no sin un halo de realismo político, basado en la situación de penuria que atravesaba el país y de cara a la amenaza nazifascista. De aceptar este enfoque, el desarrollo socioeconómico alcanzado por la Unión Soviética sólo fue posible gracias al drama de una reforma agraria violenta, irreflexiva, por decreto, que segó la vida de cientos de miles de campesinos y terminó con una forma cultural propia de un país formado mayoritariamente por campesinos. La muerte de uno de los teóricos más connotados de la Revolución, y gran opositor de esta acción, Nicolai Bujarin, así como una corriente literaria —la literatura “aldeana”, que impugna la versión oficial de los hechos— que dan como testimonios de los estragos que entre la población causó la hecatombe.

Asimismo, los intentos de Jruschov por enderezar el rumbo de la Revolución, plasmados en el XX Congreso del PCUS en 1956 (que introdujo el principio de la coexistencia pacífica de los Estados y condenó por primera vez el culto a la personalidad de Stalin) y su ulterior relevo son evaluados por Gorbachov. En el mismo camino acusa a Brezhnev de haber reincidido en errores del stalinismo y lo señala como responsable del estancamiento económico que vive su país.

III

Navegar, navegar
hoy aquí, mañana allá

V. Mayakovski

Independientemente de la importancia que para el pueblo soviético significa la *perestroika*, su contribución a la paz mundial es innegable. El abandono del mesianismo de la época de Stalin acerca del internacionalismo proletario allana el camino y abre un cúmulo de expectativas para la humanidad. Esto ha llevado a que el secretario general del PCUS reconozca y acepte lo inevitable de la convivencia (y no simple coexistencia) entre dos sistemas estructuralmente diferentes.

Por ello, la segunda parte de su libro la dedica a evaluar el estado que guardan las relaciones soviéticas con el resto de la comunidad de naciones, y las propuestas

1. Ver: K.S., Karol, “La URSS de Gorbachov”, en *Nexos*, núm. 119, p. 39.

que el nuevo pensamiento introduce para hacer del nuestro un mundo más seguro. Afianzar relaciones de cooperación y respeto con Estados Unidos y Europa Occidental, así como garantizar la libre determinación de los pueblos del Tercer Mundo, es la condición *sine qua non* para cimentar el edificio de la seguridad mundial.

Sin embargo, Gorbachov tiene presente que debido a la cantidad de armas nucleares que existen en el planeta la continuidad del género humano no está asegurada. Él lo sabe y no le amedrenta declararlo: "al entrar en la era nuclear, en la que la energía del átomo se usa con propósitos militares, la humanidad ha perdido su inmortalidad".

Así, desde los primeros días de su mandato, Gorbachov notó lo denso del ambiente internacional y su poca viabilidad para concretar en esas condiciones acuerdos de intercambio comercial, que sirviesen de palanca de apoyo a la reactivación de la economía soviética. Por tanto, habría que cambiar la confrontación por la cooperación; sólo así sería posible el propio desarrollo interno de la URSS.

La historia —ese juez inflexible— es testigo de la sinceridad de estos esfuerzos. La moratoria sobre todas las explosiones nucleares adoptada unilateralmente por la Unión Soviética (emitida en el verano de 1985 y ampliada hasta el último día de 1986, como una forma de coadyuvar a restablecer el diálogo sobre una prohibición total de las pruebas nucleares y la reducción sucesiva de los arsenales); el compromiso contraído por los países miembros del Pacto de Varsovia de no comenzar jamás hostilidades contra otros Estados ni ser los primeros en utilizar el arma atómica²; el acuerdo de eliminación de los misiles de corto y mediano alcance logrado con Estados Unidos en la pasada cumbre de Washington; y, últimamente, el retiro de las tropas soviéticas de Afganistán, son, todas ellas, acciones concretas que apuntan a hacer posible la utopía.

También en el terreno económico Gorbachov ha ofrecido a Occidente generosos programas de cooperación. Entre ellos sobresalen, por su trascendencia, la creación de empresas económicas conjuntas con firmas extranjeras (aprobada en diciembre de 1986 por el Politburó) y la eliminación de trabas en materia de intercambio comercial. Pero lo más importante: la Unión Soviética ha descubierto también las potencialidades de la Cuenca del Pacífico y se apresta a competir en la zona, creando polos de desarrollo como el puerto meridional de Vladivostok, en Asia.

Como afirma Eduardo Montes, a más de setenta años del triunfo de la Revolución, el socialismo está demostrando una capacidad de autorrenovación y una vitali-

dad desprendida de sus propias necesidades. Al mismo tiempo, ese formidable impulso renovador está siendo visto con simpatía por otros países socialistas que se suman ya a las primeras medidas de cambio. De consolidarse la *perestroika*, estaríamos presenciando, quizás, el acontecimiento más importante del último tercio del siglo.

Fernando Tapia Jardón

2. Ver el documento: "Sobre la doctrina militar de los países miembros del Tratado de Varsovia", publicado en el núm. 18 de esta Revista.